

para marcar el reposo en el período, hoy es inútil. Hoy, en efecto, vivimos en la era del telégrafo. Así, hijo mío, cuando puedas cortar la frase, apresúrate a hacerlo. La más bella frase es la más breve. Las frases amplias y melodiosas comienzan por mecernos y acaban por dormirnos. Y en cuanto a las transiciones, búrlate de ellas. La mejor manera de pasar de un párrafo a otro sin que el lector lo note, es dar un salto ligero.

Al llegar aquí me parece oír decir a algunos de los que creen en el estilo fácil:

—La prueba de que no se trata más que de teoría está en que en esas mismas líneas hallamos repeticiones y conjunciones.

Cierto. Sólo que son repeticiones voluntarias y conjunciones inevitables. El arte de escribir es el que de menos elementos dispone. Las palabras que expresan el movimiento general de la vida son siempre las mismas. Para arreglarlas de manera que suenen musicalmente y que no choquen por su pobreza, se necesita un cuidado exquisito.

—En un escritor digno de ser estimado—dice el maestro—, las repeticiones no existen, hijo mío. Sin duda encontrarás en mis párrafos una palabra que vuelve a menudo. Es el leitmotiv de la sinfonía. Reemplazarlo por un sinónimo, sería locura. No hay sinónimos. Un vocablo no fastidia con sus retornos más que cuando está mal colocado. Respeta, pues, la palabra y cambia la frase.

Luego, ampliando su enseñanza, agrega:

—En el fuego del trabajo de escribir, nos dejamos, a veces, llevar por los entusiasmos pindáricos. Nos gargarizamos con nuestros propios ritmos. Y poco a poco llegamos a no distinguir lo falso de lo legítimo. Por eso hay que trabajar en las pruebas, con la pluma y las tijeras, cortando, cambiando. La operación de cortar es cruel, pero inevitable. En las primeras pruebas trato de limpiar la prosa de lo inútil, de poner los párrafos en donde deben estar, de quitar las conjunciones, de dividir las frases. Al fin, en la quinta prueba, no me ocupo sino de los adjetivos. Algunos escritores buscan el resorte de sus efectos en el verbo. Yo tomo cualquier verbo, el más modesto, el que mejor indica el movimiento. Luego me consagro a cuidar los adjetivos: En este punto soy un discípulo de Voltaire. Acuérdate, joven, de que el patriarca de Fernay decía de los adjetivos: ¿Para qué prodigarlos, si han de expresar lo mismo? Si los multiplicamos, hay que contrariarlos. Y no hay que desdeñar tampoco el adjetivo negativo de una belleza inesperada...

La sexta prueba es la que le sirve para dar ligereza a las frases demasiado ricas y para verificar la exactitud de los documentos. Anatole France no puede consolarse de haber dicho, en su famoso cuento del *Procurador de Judea*, que el Vesubio humeaba... En la época de Jesús, el Vesubio no había aún despertado de su sueño milenar. No fué sino en 55... Y si decís que eso no es gran cosa, hermanos míos, el maestro os contestará que no sabéis lo que es escribir. No hay que equivocarse, en efecto. La literatura es un arte exacto, como las matemáticas son una ciencia exacta. Dentro de esas exactitudes, caben todos los ensueños y todas las fantasías. Lo que no cabe es la ignorancia y el descuido. El descuido, sobre todo ese descuido que se llama desenfado...

—Por eso—dice el maestro—, después de corregir yo mismo mis seis primeras pruebas, la séptima la pongo en manos de otra persona que ve lo que yo no he logrado ver...

Y agrega:

—Cuando leo esa última prueba corregida, me avergüenzo de lo que siempre se me ha escapado...

Tal es, en resumen, la retórica del estilista más puro, más armonioso, más expresivo de nuestra época. No es más que un esbozo, una indicación personal. Pero así y todo, yo encuentro en él una substancia más generosa que en todos los tratados que se enseñan en los Institutos. Porque en sus frases breves está la gran humildad del que, siendo considerado cual un mago, confiesa que la magia es un esfuerzo, y nos repite, ennobleciéndola y santificándola, la frase admirable del naturalista que dijo: «El genio no es más que una larga paciencia». Así, hermanos míos, he traducido para vosotros esas palabras con la misma fe y la misma esperanza con que los antiguos escribas de Alejandría ponían en griego los versículos arameos de los actos de los apóstoles.

E. GÓMEZ CARRILLO

París, abril de 1924.

(A. B. C., Madrid).

Dietario en Zig-Zag

Ben Jonson. Shakespeare

PARA conocer el hombre londinense del siglo XVI, es guía segurísima Ben Johnson. Para conocer el Hombre eterno, es guía segurísima Shakespeare.

A cada instante la obra de Ben Jonson nos ofrece abundantes fuentes para el estudio de la época. A cada instante la obra de Shakespeare nos abre una ventana a la eternidad.

Haríamos tres divisiones de los autores de la fecunda época de Elisabeth.

Autores de supervivencia muerta: los que agitaron la hora; los que levantaron protestas y persecuciones; los de ancha popularidad a la manera de Thomas Nash, de Richard Brame, de Robert Greene, de Francis Kett, de Gabriel Harvey. Fichas de cajón de eruditos; nombres que no se pueden tocar sin que nos espolvoree los ojos la ceniza.

Autores de persistente consulta y de colorida lectura; los que arraigaron en su época y dieron flor: fijadores de aspectos, reveladores del siglo, espejos de hombres, testimonios vivientes y seguros a la manera de Ben Jonson, de John Lyly, de George Chapman, de Francis Beaumont, de John Flechter, de Thomas Middleton.

Autores que brillan en la luz con luz suya, más o menos intensamente, —faros de día—astros sobre el agua opaca del tiempo; autores que su época presintió sin ver; los de extensión

de espacio a la manera de Christopher Marlowe... y de William Shakespeare.

Dos calidades —prescindimos de una—dos altas tallas en su talla, dos ejemplos precisos en la historia del arte puestos cara a cara—Ben Jonson—Shakespeare—nos sirven para teorizar. *El Escritor* y el *Poeta*, la obra del siglo XVI inglés y la obra sin edad y para las edades.

Ben Jonson,—y lo hemos llamado expresamente *escritor*—usó mucho el verso al escribir. *Every Man in his humor* tiene versos; tiene versos *Bartholomew Fair*, y son unas de sus producciones más *documento*.

Por no haber llegado a escribir obra poética y por haber deseado la poesía, Ben Jonson no reflejó más allá del siglo pero quedó su siglo. Fué espíritu dentro carne; fué sátira con envoltorio de hombre; fué perennidad del instante. Una ciudad quedó prisionera en sus prosas y en sus ritmos: Londres. Colinas y río; calles estrechas, sucias, mal olientes; enhiestos campanarios cargados de graves campanas; tabernas humosas repletas de truhanes y de mozas de amor; palacios góticos de negros muros húmedos y ventanales abiertos como fauces hambrientas; palacios aun, perdidos en la bruma y que hacen soñar, de noche, con un cíclope de ochenta ojos; Torre de horror que espanta a las aguas, que a su vera pasan, para poderlas flagelar con su sombra negra-